

EL DEBATE POLÍTICO. UNA APROXIMACIÓN DESDE EL ANÁLISIS DEL DISCURSO ORAL

Antonio M. Bañón Hernández

Universidad de Almería

1. INTRODUCCIÓN

Cuando los representantes de los ciudadanos se sirven de determinados géneros discursivos para transmitir sus ideas suelen hacerlo en contextos orales fuertemente planificados. Uno de esos géneros es el debate político-parlamentario o el debate electoral transmitido por radio o por televisión (van Dijk, 2001). Es curioso que, paradójicamente, estos actores deban mostrar ante sus representados o ante sus posibles votantes que, por un lado, en efecto, desarrollan un discurso planificado, si bien, por otro lado, la improvisación y la naturalidad también están presentes, puesto que potencian su imagen social y favorecen, supuestamente, el cambio de actitudes de los oyentes (Yawn et als., 1998). No todas las partes de un discurso, con todo, pueden ser igualmente planificadas. Habitualmente, en los debates realizados en contextos profesionales, los márgenes iniciales (presentación y primer turno) y los márgenes finales (último turno y despedida) son los más fácilmente planificables. Hasta la fecha, el interés por este tipo de componentes ha sido notable para quienes se han interesado por el análisis de textos escritos [piénsese, por ejemplo, en los trabajos sobre el prólogo literario o sobre los preámbulos constitucionales (Bañón, 2003)], pero apenas ha despertado interés en quienes se han ocupado de forma preferente por el discurso hablado. Nos ocuparemos de

los márgenes discursivos del debate en el siguiente apartado, tras el cual abordaremos lo que sucede cuando quienes participan en un debate político deben enfrentarse a situaciones no previstas, no planificadas, por su naturaleza o por su intensidad; en concreto, estudiaremos el uso de la interrupción.

Finalmente, reflexionaremos con brevedad a propósito de la repercusión mediática del debate político.

2. SOBRE LOS MÁRGENES DISCURSIVOS DEL INICIO DEL DEBATE

Los márgenes son identificados, desde el punto de vista semiótico, como «textos satélites», por lo que tienen de preludio de las coordenadas en las que se basará la interacción oral. La «presentación» de los debates, por ejemplo, tiene dos funciones básicas: la «delimitadora» y la «promotora». En efecto, delimita dos aspectos fundamentales: el tipo de interacción y la proyección temática. Cuando hablamos de «tipo de interacción» nos referimos a la identificación de los actores (en calidad de que han sido invitados al debate) y a la estructura del género (tiempo, lugar, orden de los turnos, etc.), asuntos algunos de ellos que normalmente están decididos previamente en conversaciones entre el moderador y los políticos o sus representantes; en el caso de los debates sobre el estado de la nación, los acuerdos de los portavoces y la mesa son mucho más estrictos debido a la naturaleza misma del foro y a la reglamentación

existente para este tipo de interacciones. Cuando hablamos de «proyección temática» aludimos a los temas de los que previsiblemente se hablará; el contexto socio-político que caracteriza el desarrollo de los debates de política general que anualmente se celebran en el Congreso de los diputados, de hecho, permite suponer los temas que protagonizarán el encuentro. La segunda función mencionada, la promotora, afecta al producto y a los productores, y sirve para destacar la trascendencia del género, la dificultad para conseguir la celebración del debate, su oportunidad (circunstancia más que evidente en el caso de los debates electorales) o la valía de los participantes.

En este margen discursivo, incluimos igualmente los primeros turnos de cada participante o, si se trata de intervenciones extensas, como en los debates parlamentarios, en los primeros minutos de esa intervención. Estos turnos o estos momentos del turno tienen, en nuestra opinión, esa misma función delimitadora y promotora, sólo que no tanto con respecto al género como con respecto a sí mismo o con respecto a los proyectos ideológicos que se defiendan.

Un ejemplo: el 26 de septiembre de 1960, Nixon y Kennedy se enfrentaban por primera vez moderados por Howard K. Smith, quien iniciaba así el debate:

«Good evening. The television and radio stations of the United States and their affiliated stations are proud to provide facilities for a discussion of issues in the current political campaign by the two major candidates for the presidency. The candidates need no introduction. The Republican candidate, Vice President Richard M. Nixon, and the Democratic candidate, Senator John F. Kennedy. According to rules set by the

candidates themselves, each man shall make an opening statement of approximately eight minutes' duration and a closing statement of approximately three minutes' duration. In between the candidates will answer, or comment upon answers to questions put by a panel of correspondents. In this, the first discussion in a series of four uh - joint appearances, the subject-matter has been agreed, will be restricted to internal or domestic American matters. And now for the first opening statement by Senator John F. Kennedy».

En nuestra opinión, es una intervención modélica, en tanto que cumple a la perfección las dos funciones que mencionábamos anteriormente: la delimitadora y la promotora. Indica claramente los límites temporales, la estructura de los turnos, la cantidad de participantes, la relevancia del debate (si es que tal cosa era necesaria), y el acuerdo sobre los temas. La promoción del género mediante la promoción de los participantes se realiza a través de una de las fórmulas estereotipadas más recurrentes: la que se refiere a que los intervinientes no necesitan presentación¹.

Los políticos que participan en un debate, especialmente si se trata de candidatos a conseguir un determinado puesto más que de candidatos a mantener ese puesto, suelen asumir más riesgo y pueden utilizar estos márgenes discursivos para alejarse moderadamente de lo establecido, sin que se les pueda acusar de que están actuando en contra de las normas consensuadas. Así, por ejemplo, en el debate mencionado en el párrafo anterior, John F. Kennedy comenzaba así su primera intervención:

¹ Para un estudio de las repercusiones de las imágenes en el impacto que tuvo precisamente este debate, véase Druckman (2003).

«Mr. Smith, Mr. Nixon. In the election of 1860, Abraham Lincoln said the question was whether this nation could exist half-slave or half-free. In the election of 1960, and with the world around us, the question is whether the world will exist half-slave or half-free, whether it will move in the direction of freedom, in the direction of the road that we are taking, or whether it will move in the direction of slavery. I think it will depend in great measure upon what we do here in the United States, on the kind of society that we build, on the kind of strength that we maintain. We discuss tonight domestic issues, but I would not want that to be any implication to be given that this does not involve directly our struggle with Mr. Khrushchev for survival. Mr. Khrushchev is in New York, and he maintains the Communist offensive throughout the world because of the productive power of the Soviet Union itself. (...) Therefore, I think the question before the American people is: Are we doing as much as we can do? Are we as strong as we should be? (...) I should make it very clear that I do not think we're doing enough, that I am not satisfied as an American with the progress that we're making. This is a great country, but I think it could be a greater country; and this is a powerful country, but I think it could be a more powerful country».

Obsérvese la habilidad del candidato para, separándose de los límites temáticos establecidos, conectar los asuntos internos y los externos hasta el punto de parecer una misma cosa. De esta forma, además, llevó el debate hacia sus intereses en ese instante de la historia norteamericana, pero, paradójicamente, lo hizo asentando su intervención inicial en unas declaraciones de Abraham Lincoln, y en unos conceptos de gran arraigo universal: la libertad y la esclavitud. El pasado y el presente quedaban unidos, pero faltaba el futuro. Kennedy reservaba la sucesión de interrogaciones retóricas,

una de las figuras más útiles en un debate, para arengar amablemente a la población norteamericana, lanzándoles el mensaje de que su potencial estaba siendo infrautilizado. Así, cubría otro de los elementos básicos de las primeras intervenciones: la «*captatio benevolentiae*».

Merece la pena también destacar las ocasiones en las que los políticos que debaten, excesivamente preocupados por su adversario, desaprovechan la oportunidad que les ofrecen esos márgenes discursivos para trasladar una imagen sólida. Así, Richard Nixon, cuando, en el citado debate, tuvo la oportunidad de realizar una primera réplica directa a John F. Kennedy se limitó a decir: «I have no comment». Dicho en los inicios, parecía una declaración de principios. En un debate tan importante, no se debe renunciar al cuerpo a cuerpo dialéctico. Como recuerda Patrick Charaudeau, de quienes intervienen en un debate (especialmente si es televisado) se espera, al menos, que reaccionen en los intercambios (2003:245). A veces, la renuncia puede deberse a un deseo de no dar demasiada importancia a lo dicho por el otro, y suele ser un comportamiento habitual en quienes están «defendiendo el título». En el contexto español, un caso parecido pudo encontrarse en el debate que se desarrolló en Antena 3TV en otoño de 1993 entre Felipe González y José María Aznar². Entonces, el candidato del PSOE prefirió hablar dirigiendo preferentemente la mirada al moderador (Manuel Campo Vidal) en lugar de a su adversario político. En definitiva, atacar la imagen del otro debe combinarse con

² Francisco Fernández (2000) ha analizado brillantemente este debate.

cuidar la imagen propia, y, en ocasiones, valorar positivamente a tu adversario es una inteligente fórmula para ofrecerte al mundo (al mundo que ve la tele) como cortés y educado; no todo debe consistir en la autovaloración positiva y en la heterodevaluación, en términos de Adelino Catanni (2003:87). Un ejemplo interesante puede ser la manera en la que Bill Clinton inició su debate presidencial frente a Bob Dole el 6 de octubre de 1996: agradeciendo a los organizadores del evento (con el valor que tiene el que esos organizadores aparezcan descritos como «anfitriones») y al moderador (al que llama por su nombre propio utilizado en función vocativa) su esfuerzo, destacando la valía como servidor público de su oponente y ofreciéndose a mantener un debate limpio, de ideas y no de insultos. Estas fueron sus palabras exactas:

«Thank you, Jim. And thank you to the people of Hartford, our hosts. I want to begin by saying again how much I respect Senator Dole and his record of public service and how hard I will try to make this campaign and this debate one of ideas, not insults»³.

En todo caso, parece evidente que la interpretación y la valoración que se haga de los insultos, como del enfrentamiento en general, en los debates políticos no será igual según se esté en una cultura o en otra (Martín Rojo, 2000; Ilie, 2001; Blas Arroyo, 2001).

3. A PROPÓSITO DE LA INTERRUPCIÓN Y EL DEBATE POLÍTICO

No resulta demasiado complicado observar que los hablantes poseen un alto grado de conciencia metalingüística y metadiscursiva. El análisis del discurso encuentra aliados sumamente interesantes en estas reflexiones que, sin ánimo analítico propiamente dicho, forman parte de los hábitos comunicativos de todo locutor, especialmente de quienes podrían adscribirse al grupo de los políticos profesionales, usuarios continuos de la lengua en contextos públicos. Como recuerda Judith Trent (2000:256-258), cuando un político reflexiona sobre si debe o no aceptar la invitación para participar en un debate de gran trascendencia social y política, analiza, entre otros aspectos, los siguientes: la proximidad o no de unas elecciones, las ventajas y los inconvenientes que para la persona puede tener esa participación, el grado de control que se pueda tener sobre las variables más importantes del evento o la capacidad personal que el futuro debatiente se reconoce a sí mismo⁴. En este último punto, hemos de incluir, en nuestra opinión, la reflexión sobre la capacidad que se tiene del noble arte de interrumpir o de evitar la interrupción.

Quienes participan en debates políticos transmitidos en directo por radio o por televisión consumen una parte no desdeñable del tiempo en lo que podríamos llamar «metadebate»: el debate sobre el debate. Cuando ese debate se desarrolla en el Congreso de los Diputados, suele ser función del Presidente de la Cámara ocuparse justamente de ese segundo nivel discursivo, pero, en ocasiones, los

³ Las transcripciones están sacadas de www.debates.org.

⁴ Consúltese también Vidal (1997).

portavoces no dudan en ofrecer comentarios al respecto. Esos comentarios tienen, a veces, como objeto reaccionar ante las interrupciones o ante los intentos de interrupción realizados por sus adversarios políticos. En los últimos años, tal vez uno de los ejemplos más evidentes de esto que comentamos en España fue el debate sobre el estado de la nación en el que actuó como líder de la oposición el socialista Josep Borrell; hablamos del mes de mayo del año 1998⁵.

Conviene, con todo, iniciar nuestro recorrido recordando que, como suele suceder con otros muchos procesos que afectan a la interacción cotidiana, también la interrupción puede ser valorada, según los casos, de forma positiva o negativa. Así, el interruptor podrá, por un lado, mostrarse como discursivamente fuerte o dominador de su adversario, o como buen estratega, al impedir que el otro participante logre transmitir sus razonamientos de forma completa, o al lograr ponerle nervioso, especialmente si no lee su discurso. Ahora bien, el interruptor también corre el peligro de aparecer ante los receptores del debate como intransigente o como descortés. El interrumpido, por su parte, puede despertar la simpatía del público en tanto que agredido, pero también puede transmitir una cierta imagen de debilidad o, si se queja demasiado, de inexperiencia (Bañon, 1997). El moderador (el Presidente de la Cámara, en el caso que estamos comentando) también puede recibir valoraciones positivas o negativas si se manifiesta permisivo ante las interrupciones: en teoría, estaría promoviendo la libertad de expresión o el interés del debate, pero también podría dar muestras, en el manejo de estas

situaciones, de parcialidad o de imposibilidad para controlar los excesos.

Todos los participantes intensificarán lo positivo del comportamiento discursivo de sus correligionarios políticos y atenuarán lo positivo del comportamiento de sus adversarios. Naturalmente, todos los actores afectados intentarán aliviar lo negativo del propio grupo y ponderar lo negativo del grupo ajeno.

A través de la televisión, la intensidad sonora de las interrupciones no parecía ser tan importante como en realidad era, lo que repercutía negativamente en la imagen del portavoz socialista, dado que para quienes estuviesen atentos a la pantalla podría llegar a parecer que Borrell reaccionaba demasiado rápido y carecía de la necesaria mano izquierda, lo que interesaba especialmente al Grupo Popular, que se habían encargado durante semanas de transmitir la idea según la cual Borrell era una persona necesitada de mayor modestia⁶. Su primera queja ante los intensos rumores llegó muy pronto, lo que fue interpretado por el Presidente de la Cámara como una ligera injerencia en sus funciones (de ahí el sancionador «No hace falta, señor Borrell»). Tal vez por esto, en la segunda ocasión en la que los rumores y comentarios provocaron una interrupción, el candidato socialista no hizo ningún comentario y se limitó a dejar actuar al Presidente Federico Trillo, quien, tras reprender a Sus Señorías, dijo: «Adelante, señor Borrell». La reacción ante el amparo del Presidente podía ser de agradecimiento explícito o de aceptación de la invitación a seguir hablando. Borrell prefirió la segunda vía

⁵ Hemos utilizado la transcripción oficial del debate accesible en www.congreso.es.

⁶ «En la mayor parte del público suele provocar inmediato desagrado todo aquel que parece demasiado convencido de su propia capacidad para la discusión» (Capaldi, 2000:105).

(«Con mucho gusto, señor Presidente»), acompañada por el recuperador «Estaba hablando...» En la siguiente interrupción, fue Borrell el que dejó de hablar transmitiendo de nuevo su queja en estos términos: «Señor presidente, es muy complicado hablar en estas condiciones». Tras la reacción de Trillo, esa vez sí prefirió el orador agradecer (por dos veces) la ayuda de la Presidencia.

Apenas transcurridos unos minutos, llegaba un nuevo proceso de interrupción, iniciado con rumores intensos que consiguieron desconcertar nuevamente a Josep Borrell, quien incorporó su queja a la propia estructura de su discurso crítico hacia José María Aznar: «Usted no tiene ni visión ni ambición para España —este es el meollo de la cuestión—, pero antes... antes me gustaría que se callaran». El amparo de la Presidencia, en esta ocasión, volvió a ser crítico no sólo con los interruptores; también con el interrumpido:

«Un momento, señorías, señor Borrell. ¡Silencio, señorías! Recuerdo a SS.SS. y también al señor Borrell que la Presidencia dirige el debate y, en consecuencia, hace las llamadas al orden cuando lo considera preciso. No se preocupe S.S. que será amparado si en algún momento su discurso se ve interrumpido. Puede continuar».

En este momento, el político afirmaba:

«El problema no es que se vea interrumpido, señor presidente, el problema es que hay una táctica preconcebida para impedir el desarrollo de mi discurso».

Aunque fuese verdad, parecía estar sobredimensionando la naturaleza de las interrupciones. En todo caso, el afectado por las interrupciones en un debate debe

buscar fórmulas de atenuación. El uso de la ironía no siempre sirve para atenuar, y Borrell cometió el error (sí puede decirse así) de referirse irónicamente al comportamiento de sus adversarios en varios momentos de cierta tranquilidad en el debate:

«Señor presidente, vivimos una época interesante y ruidosa».

«Para nosotros, la salud, la educación, el transporte, las comunicaciones, la vivienda —el silencio—, la protección frente a la necesidad (...).».

En otras ocasiones, el recuerdo sólo servía para obstaculizar más la estructura lógica de su argumentación:

«Señoría, podría pasar revista a muchos aspectos de las políticas sectoriales que ustedes hacen para encuadrarlas en esa dualidad mercado-derecho o cohesión-competitividad, pero tengo demasiado poco tiempo y prefiero ir a tratar aquellos aspectos que sé que son de gran importancia para el país y que incluso con la barrera de ruido que ustedes tratan de poner en este debate no conseguirán impedirnos que el país conozca».

A este panorama, hubo que sumar las interrupciones del propio moderador a quien tenía el uso de la palabra, cuando le advertía de que fuese concluyendo su discurso. El nerviosismo de Borrell se observó cuando, en ese contexto, no pudo hilvanar adecuadamente la estructura sintáctico-pragmática de su discurso:

«El señor **PRESIDENTE**: Señor Borrell, le ruego que vaya concluyendo, por favor. El señor **BORRELL FONTELLES**: Iré concluyendo, señor presidente, pero me gustaría que en compensación a las múltiples vicisitudes de mi intervención (**Risas.- Rumores**)... El señor **PRESIDENTE**:

Silencio, señorías. No se preocupe, continúe. El señor **BORRELL FONTELLES**; ... me permitiese decirle que el objetivo del déficit público lo ha conseguido usted incumpliendo todos sus compromisos electorales».

Finalmente, nos gustaría decir que en un debate hay que saber también utilizar con mesura los «sancionadores». Tal vez Borrell intensificó demasiado este punto, lo que le restaba, por cierto, tiempo para trasladar sus mensajes a quienes veían o escuchaban el debate. Así hablaba al final de su discurso:

«Señor presidente, señorías, créanme que lamento que me hayan obligado ustedes a hacer este debate, que es de la máxima importancia para el país, en unas condiciones acústicas que no han tenido otro objetivo que impedir el desarrollo normal del mismo, pero créanme, señor Aznar, que ha quedado usted más en evidencia haciéndolo de lo que hubiera quedado escuchando respetuosamente los argumentos de la oposición (**Aplausos**). Crea, señor Aznar, que lo que ustedes han hecho hoy en la Cámara es a fin de cuentas una reproducción en miniatura de lo que están haciendo en el país (**Rumores**): sembrar una nube de ruido para impedir que llegue a la gente la voz que los alarma de los peligros que acechan a la sociedad española».

4. NOTAS SOBRE LA REPRESENTACIÓN PERIODÍSTICA DEL DEBATE POLÍTICO

Como decíamos, un debate entre personas que desempeñan cargos de gran relevancia política, como son las que hemos mencionado en este trabajo, no acaba cuando el moderador lo indica, sino, más bien, cuando los medios de comunicación deciden; veinticuatro horas, como mínimo, tiempo en el que se dará paso a la tradicional entrega simbólica de medallas al vencedor. Como puede suponerse, tampoco a la hora de

designar un ganador o un vencedor habrá unanimidad en la prensa, puesto que la línea editorial de cada cabecera también media a la hora de tomar una decisión tan importante; piénsese que, en el caso del debate analizado, se trataba de saber si Josep Borrell (que llegaba impulsado por su éxito en las elecciones primarias desarrolladas en el seno del PSOE) podría hacer sombra en un futuro más o menos inmediato a José María Aznar como Presidente del Gobierno de la nación. Veamos algunas de las interpretaciones aparecidas al día siguiente del debate en *Diario16*, *El País*, *ABC* y *El Mundo*, que demuestran la importancia que puede llegar a tener la forma sobre el contenido cuando se valora un debate de tanta trascendencia social.

En su editorial del 13 de mayo, *Diario16* defendía que Borrell se había dejado engañar y que lo había hecho cediendo ante argucias muy conocidas en los debates televisados. Las palabras «truco legendario», utilizadas por el editorialista para referirse al comportamiento de algunos de los miembros del PP, recogen a la perfección ambas ideas. No menos significativo fue el verbo seleccionado para indicar el esfuerzo que tuvo que realizar el orador para intentar hacer oír: «aullar». De esta forma, también se estaba transmitiendo el hecho de que su discurso no se recibió como algo coherente y que al ruido respondió con más ruido. Para este periódico, resultó fundamental el hecho de que el candidato socialista no leyese el discurso, sino que lo llevase, según se decía, memorizado, circunstancia que ayudó al éxito de sus adversarios políticos.

El periodista Camilo Valdecantos escribió para *El País* una crónica en la que

se intensificaba la idea de táctica preconcebida para interrumpir y poner nervioso al diputado del PSOE cuando alude al comportamiento de los miembros del PP antes incluso de que se iniciase el discurso: «Apenas alcanzó la tribuna el candidato cuando desde los escaños populares se puso en marcha un concierto de voces, abucheos, gritos». Pero lo cierto es que también critica el comportamiento de Borrell, y lo hace, por ejemplo, cuando dice que en cincuenta minutos hizo dieciocho menciones de protesta. No es cierto que fuesen tantas, pero resulta revelador que al periodista de *El País* así le pareciese; es un fiel indicador de la sensación de debilidad que, en este aspecto, transmitió. Además, dice literalmente: «no pudo sobreponerse a la actuación de sus adversarios políticos». Es emblemático el uso del sustantivo «actuación», como también lo es el que otro periodista del mismo diario eligiese la imagen del parlamento como plaza de toros («nuevo en la plaza o efecto San Isidro», indicaba, en efecto, J.G. Ibáñez). Sin duda, los dos periodistas de *El País* intentaban denunciar, amablemente, la escasa adaptación de Josep Borrell al espectáculo televisivo. Ibáñez también denunció la falta de «veteranía» del candidato. En otro artículo de ese mismo día y de ese mismo diario (J.C., *El boicoteo del ruido*) se hablaba, sin embargo, del «maleducado comportamiento de algunos de sus miembros más guerrilleros» (en relación al Partido Popular). Obsérvese que, en esta nueva interpretación, el escenario o la plaza han dejado paso al campo de batalla. Alberto Oliart tituló su columna «El duelo», precisamente. Es curioso que, en todo caso, la interpretación general del diario (supuestamente más afín a Borrell que a

Aznar) no fuese tanto la descortesía de unos como la inexperiencia del otro.

Es más, en el diario *ABC* incluso la descortesía ya no era de los interruptores, sino del interrumpido. En el editorial del 13 de mayo, tras afirmar que Borrell había convertido el Parlamento en una «plaza de toros pueblerina» y que había confundido el debate con un «mitin», leemos: «Hay que censurar con severidad su falta de respeto a los usos de la cortesía parlamentaria». Y añade a continuación: «Ensayó la provocación permanente a la mayoría del hemiciclo con poses de majeza y se permitió suplantar al presidente del Congreso en la ordenación de un debate que sólo sus actitudes convirtieron, en algún momento, en borrascoso». El testigo de la provocación es recogido, como era previsible por otra parte, por un periodista del mismo periódico. Ángel Collado, en efecto, acusa al candidato socialista de «provocar las iras de los diputados del Grupo Popular con su discurso catastrofista», lo que no coincide por cierto con la interpretación de alguno de sus colegas de *El País*, que, como veíamos, indicaba que los ruidos comenzaron incluso antes de que empezase a hablar. También destacó, indirectamente, una cierta bisoñez del orador, cuando calificó los abucheos e interrupciones como «habituales en este tipo de sesiones». Las críticas al comportamiento de algunos de los diputados populares apenas pasaban de irónicas reprimendas que, en el fondo, sólo servían para seguir criticando al representante del PSOE, ya no sólo por sus formas, sino también por sus contenidos: «Hicieron mal los populares en estorbarle el discurso. Cuanto mejor se le entendía, peor», afirmaba Jaime Campmany.

Algunos de los colaboradores del diario *El Mundo* tampoco tuvieron demasiada compasión con Borrell. La técnica de la animalización (ya utilizada como veíamos por el editorialista de Diario16) aparece en el texto firmado por Raúl del Pozo, cuando, para restarle peligrosidad verbal, califica al orador como «serpiente de agua», antes que «cobra». Francisco Umbral dijo que Borrell «teatralizó» la situación, ponderando así sus excesivos lamentos, mientras que Fernando Garea recuerda que «hasta se giró ostensiblemente mientras proclamaba que hablaría sólo para los escaños de los socialistas».

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAÑÓN, A. M. (1997). *La interrupción conversacional. Propuestas para su análisis pragmalingüístico*. Málaga: Universidad de Málaga.

— (2003). «Los preámbulos constitucionales españoles. Datos para su análisis semiolingüístico». TRIVES, E. R. (ed.). *Los textos constitucionales iberoamericanos. Estudio semántico comparado*. Murcia: Universidad de Murcia, 23-50.

BLAS ARROYO, J. L. (2001). «No diga chorradas...». La descortesía en el debate político cara a cara. Una aproximación pragma-variacionista». *Oralia*, 4, 9-45.

CAPALDI, N. (2000). *Cómo ganar una discusión. El arte de la argumentación*. Barcelona: Gedisa.

CATANNI, A. (2003). *Los usos de la retórica*. Madrid: Alianza.

CHARAUDEAU, P. (2003). *El discurso de la información. La construcción del espejo social*. Barcelona: Gedisa.

DRUCKMAN, J. N. (2003). «The Power of Television Images: The First Kennedy-Nixon Debate Revisited». *The Journal of Politics*, 65, 2, 559-571.

FERNÁNDEZ, F. (2000). *Estrategias del diálogo. La interacción comunicativa en el discurso político-electoral*. Granada: Método Ediciones.

ILIE, C. (2001). «Unparliamentary Language: Insults as Cognitive Forms of Ideological Confrontation». DRIVEN, R. *Language and Ideology*, 2. Philadelphia: John Benjamins, 235-260.

MARTÍN ROJO, L. (2000). «Enfrentamiento y consenso en los debates parlamentarios sobre la política de inmigración en España». *Oralia*, 3, 113-148.

TRENT, J. (2000). *Political Campaign Communication: Principles and Practices*. Westport: Greenwood Publishing.

VAN DIJK, T. (2001). «Texto y contexto en los debates parlamentarios». *Tonos digital*, 2. <<http://www.um.es/tonosdigital/znum2/estudios/TAvanDijkTonos2.htm>>.

VIDAL, F. (1997). *Los debates cara a cara. Fundamentos básicos para la celebración de debates audiovisuales entre los dos líderes de los partidos mayoritarios*. Madrid: Universidad Complutense. [Tesis doctoral].

YAWN, M. et al. (1998). «How a Presidential Primary Debate Changed Attitudes of Audience Members». *Political Behavior*, 20, 2, 155-181.

6. REFERENCIAS PERIODÍSTICAS

CAMPANY, J. (1998). *El cometa Borrell*, 13 de mayo.

CASQUERIO, J. (1998). «El boicoteo del ruido». *El País*, 13 de mayo.

COLLADO, Á. (1998). «Aznar desinfla el 'efecto Borrell' y se impone con comodidad en el Debate del estado de la Nación». *ABC*, 13 de mayo.

DEL POZO, R. (1998). «Empezó como Azaña, acabó como Mancha». *El Mundo*, 13 de mayo.

DÍEZ, A. (1998). «Borrell tiende la mano». *El País*, 13 de mayo.

EDITORIAL (1998). «Borrell se equivocó». *ABC*, 13 de mayo.

— (1998). «Primer asalto: gritos y susurros». *Diario16*, 13 de mayo.

GAREA, F. (1998). «Borrell acusa a Aznar de poner en peligro la Seguridad Social». *El Mundo*, 13 de mayo.

IBÁÑEZ, J. G. (1998). «El 'efecto San Isidro'. El candidato socialista, nuevo en la plaza, admite que se sintió incómodo por la bulla de los populares». *El País*, 13 de mayo.

OLIART, A. (1998). «El duelo». *El País*, 13 de mayo.

OLMO, S. (1998). «Borrell acusa al presidente de 'flotar en el euro' y carecer de un proyecto de Estado». *El Mundo*, 13 de mayo.

UMBRAI, F. (1998). «La derecha gamberra». *El Mundo*, 13 de mayo.

VALDECANTOS, C. (1998). «Aznar alardea de sus éxitos económicos mientras Borrell le acusa de arruinar el Estado de bienestar». *El País*, 13 de mayo.

7. OTRAS DIRECCIONES DE INTERNET UTILIZADAS

Comunicación del Gobierno para el debate de política general en torno al estado de la Nación (número de expediente 200/000004). Diario de sesiones del Congreso de los Diputados, martes, 12 de mayo de 1998. <www.congreso.es>.

Comisión on Presidential Debates. <www.debates.org>.